



CULTURA "La Tribuna", Los Angeles, jueves 20 de julio de 2005. www.tribunade.com

La Tribuna del Lector

Floridor en Mortandad

Por: Osvaldo Ordenes

Una tación cuerpo rolla-
mado Mortandad y se
osentita.

Una vez al mes, aparecía
Floridor en la ciudad de Los
Angeles. Eso se veía mucho
frecuente. Floridor, el maestro
rural, con su ropa pa' la es-
cuela, caminaba por el cami-
no ripiado. Nunca se saca era
triste, parecía venir hablando
saciles folletos. Nos otros
queríamos al amigo que nos
traía en su cabeza, tantas fin-
tadas. Tendría algo que ver
esa alegría de su rostro. ¿O
sería que por esos días era
fecha de pago? Nadie lo
sajó ni lo pensó.

En breve se citan, por-
que así se nos regresa
a esos distantes tiempos, mis-
tuzarrear, misaclimo e inodli-
tas bien de buena tierra. Pal-
saje abrupto y bello matizo-
do de quilajes, de otras mo-
sarditas de butagones flore-

Esto crónica lo escribí para el diario La Tribuna hace mucho
tiempo, quizás 45 años atrás. Encontré el borrador y sería her-
moso publicarlo nuevamente, cuando hace una semana recibí
un homenaje, porque este mágico individuo aún está construy-
endo niveles para el recuerdo.

ellos, de pequeños arbatillos
de machal de las ramelillos co-
ronados de algodones, se
si' cosas sencillas que los co-
negos dibujaban en la noche.
Entre todo sorprendería algún
bollo de la mañana, sabia de
los entrescos arbol nos, de los
patos y las flores, las grandes
y las pequeñas, la abalucia, el
hulle, la orquidea e ivestre,
erachis, muchos más, las que
no vienen curus, el si' las veta
y sabla, como costaría, pero no
así como costaría, no, el traja,
un cuento para enseñar.

Por esos lugares estaba su
escuela, en un rincón de la
provincia de Río Blanco, existía
manerosamente, está invisible,
no dado que también hubo
otra parecerías, pero no tenían
a Floridor.

Desde los cuatrocientos
iban niños y niñas, nadie que-
ría dejar de ir, este maestro
Floridor Pérez que leyó en la
vida, las cosas de cada día, pero
sus clases eran creadas con le-
tras rítmicas y poesía.

Nosotros sabíamos de su
mágica escuela de Mortandad,
sabíamos que tenía dos salas,
dos piezas, una se' a puzta

para entrar y salir y otra interior
que era las piezas, sabíamos
de sus vestimenta cubiertas de
papel y poca luz interior. Un día
alguien ofreció regalárselos vi-
drios. Floridor olvidó traer los
vidrios y cuando los trajo, el
colaborador ya no estaba.

¡Hola Floridor! Se fue el
grupo, era para escuchar mis
cuentos siempre los trajes,
pero adormado con guindadas
surgidas en la escuela. Era un
hombre su fantasía que, de
haber sido niño, quizás hubie-
ra asistido a sus clases. Fue
profesor poeta, el soñador de
distintos irreflexos, el que, de
nada, hacía vida.

De pronto Floridor se que-
daba en silencio, miraba a lon-
tananza, sonreía... hasta pro-
to, me voy a clases, ciento, y
con una tenue sonrisa en sus
labios se iba, como había apa-
recido, volvía a desaparecer,
porque Floridor era mágico.



El afamado poeta nacional Floridor Pérez

verdices en una indígena. El li-
co, capricios y escurridizo pas-
ador no volvió a verlo, se que-
dó dormido en mis recuerdos.
Esto que escribo es para al-
guien sepa que, una vez hubo

un maestro para un escuela
mágica con una mesa que lo-
gaban desde los cuatro
cientos para aprender a po-
sar de todo, lo bello que es
la vida.

Floridor en Mortandad. [artículo] Osvaldo Ordenes

Libros y documentos

AUTORÍA

Ordenes, Osvaldo

FECHA DE PUBLICACIÓN

2005

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Floridor en Mortandad. [artículo] Osvaldo Ordenes. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile